

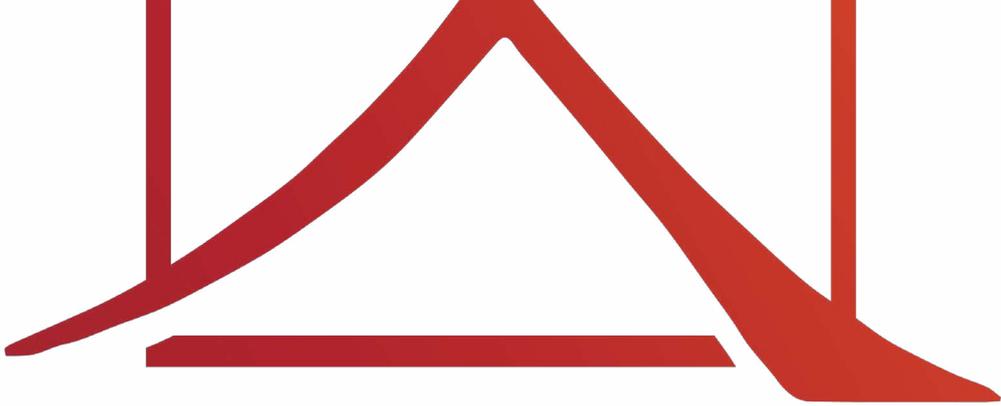


TAIKA

INCENDIOS

Jazz Noire

Prólogo por Carolina Villadiego



INCENDIOS

Jazz Noire





©2021 JAZZ NOIRE

©2021 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, ENERO 2021

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Mara Garibay

ILUSTRACIONES

©Aslhey

©Hikasoraart

©Grace Padilla (casiopea.rt)

©Trébol Queen

©Mariv Ayala

©Eveew Maturano

ISBN DE LA OBRA

978-958-53228-3-7

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO EN COLOMBIA

IMPRESO EN MÉXICO

[ÍNDICE]

PRÓLOGO	6
INCENDIOS	9
LAZOS [DESCENSO]	39
HIPERSUEÑO	49
BUCLE	59
COÑAC	63
LAZOS [ASCENSO]	75
ROCES	83

A todos quienes aportaron su granito de arena para la creación y edición de este libro. Muchos de estos cuentos no serían lo que son ahora sin ustedes.

A quienes leyeron la versión fic de estas historias. Su amor y apoyo durante ese proceso me dotó del ánimo necesario para estar aquí ahora.

[PRÓLOGO]

CAROLINA VILLADIEGO

CUANDO pienso en *Incendios* como el título de esta maravillosa antología, me resulta fascinante pensar que conocí el enorme talento de Jazz Noire en el mundo del patinaje sobre hielo a través de una historia que supo quemarnos y dejarnos huella. No obstante, no hay mejor manera de representar su obra que con la característica del fuego gracias a que su capacidad de hacernos vivir el calor debajo de la piel de sus personajes es una de sus más grandes virtudes y una experiencia que, como lectores, no nos podemos perder.

Desde el año 2018, he tenido la oportunidad de desarrollar con Jazz Noire una amistad genuina que se basa en la mutua admiración a nuestros caminos como escritoras. Cada uno de los trabajos que leí de ella en el fandom de *Yuri!!! On Ice* me demostraba con creces la profunda sensibilidad de Jazz para describir emociones y su increíble capacidad de crear universos y personajes variopintos, grises, humanos y completamente perceptibles sin necesidad de utilizar demasiadas palabras. Su maravilloso es-

tilo, visceral e intenso, tiene una prosa poética preciosa que nos hará vivir cada palabra con todos nuestros sentidos, incluso hasta escuchar música mientras leemos en el silencio.

Lo que hay en este libro es una colección de historias cuyo hilo conductor es el fuego que emana y adquiere diferentes significados en obras donde dos hombres se aman sin medida. El fuego se ha relacionado con el conocimiento, el avance y el desarrollo; también con la muerte, la persecución y la agonía. Forma las mejores piezas de oro para decorar las coronas y también el acero que ha desmembrado pueblos enteros. Se encuentra en las pasiones humanas: las más hondas, imperfectas e impredecibles relacionadas con el amor, así como con el miedo, la purificación o el pecado. El fuego es el inicio y el fin, lo es todo. Cada historia nos llevará a un viaje inimaginable gracias a la pluma de Jazz Noire, quien remueve las entrañas y agita los huesos a través de sus palabras escritas.

Para demostrar su maravillosa habilidad de recrear universos, esta colección empieza con una épica fantástica, un relato donde el fuego es uno de los protagonistas y las mentiras, los engaños y los secretos bailan como las llamas de una fogata en medio de la noche. De allí, Jazz nos moverá hacia una historia intensa que podríamos considerar paranormal o fantasía oscura según el gusto del lector. ¿Qué es el fuego en este punto? ¿El deseo que se abre paso desde la piel hacia dentro? ¿O el pecado de aferrarnos a lo desconocido? Quizá el fuego sea lo que viene en su tercer relato, donde Jazz nos sumerge a un ambiente que se va descongelando conforme avanza las palabras, dejándonos a nosotros la posibilidad de responder nuestras preguntas hasta que el misterio se resuelve en temperaturas inimaginables. Un cuento completamente inédito, de ciencia ficción, explora los límites de sus capacidades y demuestra su genio creativo.

El fuego incluso podría ser la profecía ineludible, la despedida de dos amantes que están por separarse o la promesa de volver a pesar del dolor. Pasaremos de la tragedia al drama, donde el

fuego es un elemento incluso más sutil: las emociones humanas pueden quemar y arder como una intensa llamarada y sentirse como si nos consumieran desde adentro. ¿Qué ocurrirá cuando esa pasión sea más fuerte que el raciocinio? ¿Cómo aplacar las fuertes llamas cuando estas solo queman dentro de la piel? Quizá debamos movernos al penúltimo relato, donde ese deseo oscuro es completamente justificable y el pecado personifica un ente más allá de nuestro entendimiento. Entonces llegamos a lo último, al sentimiento que mejor personifica el fuego: el que purifica, perfecciona, impulsa y persevera. El amor es una de las fuerzas más sublimes de la historia de la vida, es el motor de las más grandes cosas. Jazz cierra la antología con uno de los relatos más hermosos y conmovedores sobre el amor... Y es que este sentimiento no va a faltar en ninguna de las páginas de esta antología: el amor entre dos hombres en distintos tiempos, circunstancias y posibilidades, pero tan potente e intenso que cada historia nos podrá dejar la sensación de una caricia o de una quemadura al rojo vivo.

Sin lugar a duda, este libro te dejará una huella en el pecho, corazón y entrañas, porque no hay manera de que una lectura de Jazz Noire no deje ninguna. Te invito a que te adentres a esta antología para descubrir el fuego en cada protagonista, pero ten cuidado, no te aseguro que saldrás a salvo de ella.

[INCENDIOS]

I

—¡**EL** rey ha vuelto! —El rumor se propaga junto al aire y las voces de quienes se encargan de esparcirlo para que, en tan solo unos instantes, la comitiva de recibimiento esté lista para brindarle la bienvenida al rey.

Una fila de sirvientes se extiende desde la entrada del castillo hasta el final del jardín helado, justo donde el carruaje se detiene y todos se postran en alabanza hacia él; todos con el aliento contenido y miradas que mantienen bajas en señal de sumisión; todos con sutiles sentimientos de extrañeza, de que hay algo fuera de lugar cuando el rey desciende acompañado por su única compañía: una joven doncella que funge como su sirvienta personal. No obstante, nadie se atreve a preguntar ni a juzgarlo, a siquiera dedicarle una sola mirada de sospecha: es la palabra del rey la única que debe importarles, aun si esta es mentira para todos los demás.

El cabello casi rojizo del gobernante resplandece bajo una corona de oro que no solo esclarece su estatus, sino que lo enaltece ante todo aquel que pueda ponerle los ojos encima. Su cuerpo

es protegido del frío por un abrigo de piel de la mejor calidad, por telas finas y aterciopeladas que solo él y su majestad tienen el derecho de portar. Las joyas preciosas también lo envuelven, desde su corona hasta los propios adornos de la capa, mismas que acentúan la belleza rubescente de sus facciones, el propio brillo amielado de esos ojos que parecen en continuo incendio.

Al final de la comitiva, Auror, el consejero principal de su majestad, espera por él y se inclina también para su recibimiento. Después del saludo, de decir «Bienvenido de vuelta, alteza», lo sigue unos cuantos pasos atrás, al mismo nivel que la doncella, por el camino que el rey hace dentro del castillo. Anís nota como los ojos del consejero son fieros hacia él, como es el único quien se atreve a darles cabida a esos sentimientos raros que parece inspirarles a todos los demás.

—¿Cómo fue su viaje, alteza? —pregunta el consejero, más por obligación que por un sincero interés.

Anís se detiene ante estas palabras y le dedica una mirada pesada, analizadora. Después sonrío como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Ha sido un viaje maravilloso. Siempre es reconfortante volver al lugar que me vio nacer. —El rey contiene una risa para sí mientras nota como Auror entrecierra los ojos y trata de sonreír en respuesta—. ¿Dónde se encuentra su majestad? —cuestiona Anís tras reanudar sus pasos.

—En la sala del trono, alteza, esperando por usted.

Es la misma conversación que ambos tienen cada vez que Anís regresa de uno de sus viajes: son las mismas preguntas, las mismas respuestas, pero la sensación de sospecha en Auror aumenta con cada reunión, con cada palabra. El consejero, sin embargo, no tiene otra opción más que cumplir con su deber y acompañar al rey hasta el lugar que le ha indicado.

Ante las puertas, los pasos de Anís abandonan a los del consejero y su sirvienta, quienes deben esperar por él fuera de la sala. Adentro, un hombre aguarda en el trono: de contextura fornida y

cabellos castaños sujetos en una coleta. Todo es soledad alrededor suyo, pero se sobrepone a la intimidad que nace entre los dos reyes mientras se observan y se sonríen por primera vez en un par de días.

Tan parecidos en las telas que los abrigan, en la cantidad de piedras preciosas que adornan cada una de sus prendas, pero tan diferentes en esos orbes que estallan de modos muy distintos: Anís es un incendio eterno; Verant, un mar bravo que se estrella ante su presencia. Y, justo así, se conjugan para apagarse y encenderse mucho más potentes que antes.

Anís se tienta en perder su solemnidad para correr hasta él, hasta esos brazos en los cuales podría enredarse una vida entera sin que sea suficiente; pero prefiere mantenerla, caminar con pasos lentos y apenas perceptibles hasta su majestad mientras este lo detalla con la mirada y observa con atención su rostro y sus facciones, la figura pequeña que le provoca proteger y esa belleza exótica que le parece el delirio mismo.

Cuando Anís está lo suficientemente cerca, Verant extiende los brazos en su dirección, deseoso y desesperado por que deje de jugar y pueda recibirlo como se merece, pero él se detiene justo en el punto crítico y se postra frente suyo como lo haría cualquier súbdito: es un rey haciendo reverencia ante otro.

—No deberías postrarte ante nadie más —Verant le anuncia con una sonrisa cálida, una que nadie esperaría que ese hombre de hielo le pudiera dedicar a otro ser humano.

—Solo ante usted, su majestad, porque mi amor está postrado al suyo.

Verant no puede resistir esas palabras, ese gesto humilde y devoto hacia él y hacia su amor. Se levanta del trono y camina en dirección a Anís para poder sostener su barbilla y hacer que lo mire mientras sus dedos helados acarician las mejillas ardientes del otro. La piel de Anís siempre es tan cálida que contrarresta deliciosamente con su toque. De esa forma sucede con sus labios, los cuales terminan por unirse entre sí en una colisión de temperaturas.

—Bienvenido, amor mío.

II

Fue un matrimonio arreglado en pos de resolver los conflictos de una guerra que duró casi diez años. Más que las pérdidas humanas, ambos reinos implicados comenzaron a resentir la disminución de sus riquezas y se dieron cuenta de que era absurdo continuar cuando, en primer lugar, todo había comenzado por un simple malentendido. ¿Pero cómo hacerlo sin que ninguno de los dos reinos tuviera que ceder ante el otro?

La idea nació de la mismísima reina Irina, soberana de las tierras de Rossíya. La guerra la había devastado de tal forma, sobre todo tras el fallecimiento del rey, que presentía su propia muerte muy cerca. Lo único que ella deseaba antes de que eso ocurriera era ver al príncipe Verant desposar a alguien para que pudiera asumir el trono tras su ausencia. Sin embargo, gracias al temperamento apático de su hijo, que bien podía ser cautivador y desinteresado a niveles similares, nunca hubo ninguna doncella que pudiera complacerlo al grado en que estuviera dispuesto a sentar cabeza. Le había dado la oportunidad de seleccionar a quien lo acompañaría por el resto de sus días, pero al ver su antipatía frente al asunto, supo que solo quedaba volverlo un deber real para él e imponerle a alguien sin aceptar un «no» por respuesta.

Conocía ya a la princesa de Zeevanvur, el reino contra el cual habían librado dicha guerra, y sabía que ella era una candidata idónea. No tanto para su hijo, sino para su propio reino. La princesa era una mujer con un temple de acero, con una fiereza digna de cualquier soberana, y estaba segura de que podría guiar a su gente a tiempos más prósperos. Un acuerdo matrimonial era la mejor excusa para subsanar los años de guerra y enemistad, una excusa que los súbditos de ambas tierras aceptarían sin oposición, incluso con alegría. La princesa pasaría a gobernar Rossíya junto con Verant sin que esto afectara el estatus de su tierra de origen, pues ella era la segunda del linaje y su hermano mayor pronto sería coronado para gobernar Zeevanvur. Verant no se opuso al enlace pues, pese a todo, él amaba a su madre y estuvo dispuesto a cumplir su último deseo.

Con el trato pactado, la caravana de bienvenida se realizó casi de inmediato. Verant esperó junto a su madre, al lado del trono, pero ciertamente lo que vio llegar no era para nada lo que esperaba: un chico de cabello castaño rojizo y ojos miel captó no solo su atención, sino la de todos los cortesanos presentes. Era la primera vez que todos ellos, incluyéndolo, veían unas facciones tan inusuales y extrañamente atrayentes. Ninguno pudo quitarle la mirada de encima mientras la incomodidad se expandía por el pecho de todos.

Verant se sintió así en un primer instante, como si fuera forzado a mantener su atención en el chico aunque no lo quisiera. Experimentó algo de miedo por ese sentimiento intenso y se tentó a protestar por primera vez ante la idea de desposarse; mas, cuando el joven príncipe, con toda la humildad posible, se inclinó ante él mientras le ofrecía un anillo dorado como muestra y obsequio de su enlace, su sentir cambió de un momento a otro. De ese desagrado surgió algo de familiaridad, como si estuviera reencontrándose con un viejo conocido a quien le tenía cariño y extrañaba sin saber. Su belleza exótica, y algo inusual a la que Verant esperaba, le atrajo desde el primer instante en que esos ojos que parecían arder se posaron en los suyos. Más que peligro, le inspiraron un calor agradable, un fuego interno que lo hizo sentirse complacido con la idea de apagar esos incendios con sus mares.

Con una sonrisa sobre sus labios, una que ninguno de sus súbditos había visto hasta entonces, caminó hasta el príncipe, tomó el anillo con el cual adornó su dedo de inmediato y después besó la mano del chico al mismo tiempo que lo llamaba con ternura «Mi prometido».

Nadie cuestionó la decisión que Verant tomó al desposarlo. La ceremonia de enlace se llevó a cabo solo dos días después, sin que los soberanos de Zeevanvur los honraran con su presencia. Pero eso no importó, ni a Verant ni mucho menos a Anís, quienes frente a un altar deslumbrante repleto de cristal se miraron con una adoración que pareció nacida de la nada, pero que en el

centro de sus corazones era tan real, tan palpable, que todos los presentes pudieron experimentarla de la misma manera.

III

El rey siempre realiza un viaje al reino de Zeevanvur en vísperas de luna llena. Por supuesto, nadie nota ese minúsculo detalle a excepción de Auror. Las primeras ocasiones simplemente lo encontraba curioso, pero no fue nada que trascendiera más allá de su interés. No obstante, conforme los viajes se han vuelto frecuentes, y más al notar la extraña forma en cómo él los realiza, la sospecha aborda su pecho y ha sido imposible sacarla de ahí. Resulta llamativo que el rey solo permita que su joven sirvienta lo acompañe, misma que llegó junto con él a Rossíya y que, desde entonces, permanece casi siempre a su lado.

Más de alguna vez, Auror ha tratado de indagar un poco con el propio rey Anís: conocer cuáles son sus razones de realizar ese viaje en específico, en las mismas épocas del año y sin mayor compañía que aquella mujer, pero nunca ha recibido una respuesta que le sea satisfactoria. Además, ha intentado en varias ocasiones convencerlo de que tome algunos guardias para que velen por su seguridad durante cada uno de sus viajes, pero el rey siempre se niega a ello y alega que es innecesario para un viaje de apenas unos días, y que allá, en sus tierras, obtiene guardias que le procuran esa seguridad.

Con cada respuesta negativa, Auror siente que la sospecha crece dentro suyo y su inquietud ante eso que proviene del rey se incrementa de igual forma. Sin sentirse convencido con las frágiles respuestas que el soberano le ha otorgado, intenta obtener información por otros medios.

En una de las pocas veces en que el rey se separa de su sirvienta para pasar el tiempo en los aposentos de su majestad, Auror aprovecha para acercarse a ella y entablar una conversación que pueda llevar a los rumbos que desea; pero, apenas se encuentra frente a frente con esa joven, es incapaz de pronunciar palabra alguna

delante de ella. No solo porque su imagen le genera una tenue sensación de reconocimiento que no puede terminar de formar, sino porque le aterra notar con tanto detalle como, detrás de los cristales verdes de su mirada, no hay profundidad, no hay luz, solo un gran vacío y completa ausencia de humanidad.

IV

Una noche cada vez, unos minutos, unas horas, el tiempo no es importante cuando ambos permanecen juntos en la misma habitación, cubiertos por una intimidad que les permite ser ellos, ser amantes, perder cada gramo de solemnidad y entregarse todo eso que se les amontona bajo la piel, bajo sus disfraces llenos de gemas brillantes, estatus y riquezas.

Mientras allá afuera los súbditos los ven como seres divinos e inalcanzables, cuyo honor de una mirada es mucho más de lo que puedan merecer, entre ellos se sienten más humanos y terrenales, en especial cuando se desnudan, cuando se observan de la forma más vulnerable que les es posible, con el cuerpo ardiendo y necesitado de más que un simple roce, con una mirada que se carcome en ansias y unas manos de fuego y hielo que se extinguen entre sí.

Una noche cada vez, sin contar las ocasiones, sin contar los besos o mordiscos con los cuales se decoran la piel, con los cuales reaprenden cómo es eso de amar y ser amado, cómo es eso de entregarse sin inhibiciones, sin consciencia más allá de aquella que les guía la mente y el corazón. Así como ellos son sin investiduras, danzan sus cuerpos desnudos; así se aprecian dos miradas con devoción y calor; así cantan dos voces altas y entrecortadas en un dejo maniático de placer y delicia; así se hunden dos almas, una dentro de la otra, hasta volverse solo carne y sensación, hasta ser solo amor y deseo.

—Te amo...

El sentimiento es tan real que pudiera estallarles en el pecho... Y lo hace, un millón de explosiones que revientan como pequeñas burbujas de jabón, desde sus entrañas, desde el calor sofo-

cante con el que uno envuelve al otro. Cientos de veces pueden repetirlo, sobre todo cuando, más allá de la satisfacción, queda goce, placer, éxtasis y sus cuerpos hechos trizas, pero más completos que nunca antes.

V

Auror lo sabe... ¡y vaya que lo sabe!, pero aun así se atreve a intentarlo, a recurrir a quien se ha convertido en una de sus últimas opciones.

Tras postrarse ante el trono de su majestad Verant, se atreve a confesarle sus sospechas sobre el rey Anís, a darle un recuento de todo aquello que debería ser de extrañeza. De todo lo que teme que ocurra tras sus palabras, lo más probable le cae encima como un torrente de hielo: su majestad no le cree... O, más que eso, minimiza todas las incoherencias que albergan las acciones del rey.

—A vuestra alteza le gusta ese momento para viajar, no hay nada impropio en ello. Y concuerdo con su petición de que solo su sirvienta lo acompañe, entre menos llamativos sean sus recorridos será mejor para todos.

A Auror no le sorprende la respuesta, pero sí la espléndida sonrisa que su majestad deja escapar tras ella. Después de un par de años de servirle como su consejero oficial, ha aprendido a distinguir la indiferencia detrás de esas sonrisas frías que pretenden parecer cautivadoras; pero la de ese momento es tan cálida, tan profunda e intensa, que puede percibir el genuino afecto que su majestad tiene hacia el rey.

Más que todo eso sea un alivio, una alegría que le inspire lo complacido que su majestad se encuentra con el enlace, todo se vuelve más angustiante para Auror, más fuera de lugar y extraño. Sabe que hay algo oculto tras los ojos llameantes del rey, tras esa sonrisa que le dedica cada vez que se encuentran y que parece contener un gesto de burla hacia él, como si lo creyera demasiado idiota para no ser capaz de descubrir su secreto.

VI

En vísperas de luna llena, el rey Anís prepara un nuevo viaje.

Justo como suele ser el recibimiento, es despedido entre una comitiva de sirvientes que se inclinan ante su paso y no se atreven a devolverle ni una sola mirada. Auror lo acompaña hasta su carruaje en silencio, tratando de mantenerse sereno pese a que, dentro suyo, todo está a punto de reventar.

Mientras el rey sube, su sirvienta espera al lado de la puerta. Ahí, Auror vuelve a encontrar su mirada por segunda vez. Un escalofrío le brota desde la espalda cuando repara en aquellos cristales verdes un efímero destello de luz, de auxilio y desesperación.

—Anill.

Pero todo esto se apaga, desaparece al instante en que el rey la llama para que suba también.

Todo resulta tan fugaz que apenas Auror reacciona cuando el carruaje se ha alejado de su vista. Si momentos antes había dudado de su plan, temeroso de las consecuencias si erraba en sus sospechas y era descubierto, ese pequeño incidente, que para cualquiera hubiera sido insignificante, representa para él el último empujón que le hacía falta para atreverse.

Mientras los sirvientes se distribuyen y vuelven a sus labores, Auror se apresura para montar uno de los caballos de su majestad y seguir el carruaje. No le toma mucho alcanzarlo, especialmente porque tiene la precaución de seguir su recorrido a una distancia prudente donde no lo pierde de vista, pero tampoco su presencia es perceptible para el rey.

En un principio todo parece ser correcto, el carruaje se enfila por el camino principal a Zeevanvur, pero justo al anochecer del segundo día, cuando poca distancia los separa del reino vecino, los caballos que halan de la carroza se desvían a una parte del bosque donde es imposible que puedan pasar. Auror, a la distancia, con los últimos rayos del sol a punto de desvanecerse, ve al rey descender sin nada de todo aquello que denota su estatus: la corona, el abrigo fino, la capa llena de incrustaciones preciosas. De esa forma, junto con su sirvienta, se sumerge en las entrañas del bosque.

El consejero baja también de su caballo y se da prisa para seguir al rey antes de que pueda perderlo de vista. Por supuesto, su pecho es una inmensa agitación y, según avanza, se llena del presentimiento insano de que nada de eso está bien y que todo puede resultar mucho peor de lo que imagina.

Conforme parece acercarse al destino del rey y distingue su figura desapareciendo y reapareciendo entre ramas y troncos de inmensos árboles, Auror se siente más agitado, aprisionado con el propio temor y la angustia que le sacuden el corazón. Sabe que, si continúa, podrá descubrir el más grande secreto que oculta el rey, y justamente por eso está cada vez más inquieto, más inseguro de lo que hace. ¿Será capaz de soportar la verdad cuando la tenga justo enfrente?

El recorrido se termina en una cabaña solitaria oculta en el bosque y que, en principio, parece abandonada, pero en la cual el rey y su sirvienta se adentran como si se tratara de su propio hogar. Unos momentos de quietud, de duda, de confusión, hasta que Auror, desde fuera, distingue lo que parece la luz de una vela que recorre el interior de la cabaña. Entiende que debe acercarse para saber qué ocurre dentro, pero el arbusto en el cual se oculta le brinda una seguridad que no desea abandonar todavía. Se siente tonto, ¿tanto riesgo ha pasado para permanecer temeroso a muy pocos metros de descubrirlo? Pero hay algo que no lo deja actuar, y que no solo se debe al propio temor que lo invade, sino al sentido de que todo está desencajado, de que hay algo sobre ese lugar, sobre esa presencia que impera en el sitio, que debería recordar y saber a la perfección.

Las puertas de la cabaña se abren. La primera en salir es la sirvienta, quien carga en sus brazos algunos leños; la sigue de cerca el rey, cuya expresión le es ajena a Auror desde la distancia. Sin embargo, hay algo que no le pasa desapercibido y que incluso le genera un sabor rancio en la boca, muy parecido a las náuseas: sobre la mano del rey hay una llama encendida que no se encuentra anclada a ninguna vela o algo similar, sino que se mantiene

suspendida en la nada, flotando como si la propia palma del soberano exhalara esas llamas provenientes del mismo infierno.

Auror no es capaz de comprender nada de lo que sucede mientras todo lo que se forja frente a sus ojos ocurre con tal rapidez que apenas puede seguirlo en su cabeza: cómo la sirvienta coloca en el suelo los leños, justo donde la luna llena se postra también y crea una figura extraña y amorfa; cómo el rey, una vez listo, se acerca y vierte sobre ellos el fuego latente de su palma, mismo que destila como si fuera agua. Mientras el fuego se expande y se consume sobre la madera, el rey recita unas palabras que le resultan incomprensibles a Auror, pero que le permiten comprender algo de lo mucho que sucede.

Aún sin terminar de recitar el hechizo, el rey extrae de su dedo el anillo dorado, la muestra absoluta de su enlace con su majestad, y lo deja caer dentro de la fogata que se ha formado. Las llamas envuelven la sortija, pero no de la forma en que Auror hubiera esperado que sucediera: el anillo levita y, en lugar de ser atacado por el fuego, lo acepta para después absorberlo dentro suyo, para atraparlo hasta que toda luz rojiza que lo rodea se extinga por completo.

El consejero, atónito, es incapaz de reaccionar. Sin embargo, no es la revelación lo que más lo perturba, es el recuerdo, el conocimiento que había sido arrancado de su cabeza, pero que ahora ha emergido de nuevo en su consciencia más externa: el rumor, la leyenda, todo lo que se ha dicho y se sigue diciendo sobre la existencia de un par de brujos malvados ocultos en las entrañas del bosque que rodea a Zeevanvur.

No necesita hacerse más preguntas, todo es tan claro que duele.

VII

Anís siempre se sintió solo, siempre lo estuvo; apenas unos cuantos años de compañía y crianza por una mujer que, más que amor, procuró brindarle todas las herramientas necesarias para que pudiera sobrevivir en un mundo que nunca lo entendería.

Después de todo, bajo sus pieles corría magia pura, el talento innato de crear, transformar y destruir.

Su madre nunca tuvo intención de que el mundo la aceptara, pese a que les había brindado demasiada ayuda y devoción a los habitantes del reino de Zeevanvur. Recibía a cualquiera que se posara frente a su cabaña en busca de auxilio, le proporcionaba la mano a todo aquel que rogara por ella, pero ninguna de las vidas que logró salvar gracias a su magia pudo protegerla del dedo acusador de la infamia y la mentira. Solo bastó un pequeño error que terminó en la muerte accidental de un noble para que todos olvidaran los años de socorro que ella brindó sin recibir nada a cambio.

No le importó en realidad o, por lo menos, eso quiso aparentar frente a Anís, quien sí pudo reconocer cómo afectó a su madre el trago amargo del rechazo a tal grado que incluso bastaron un par de años para que se dejara morir en la soledad que nunca quiso aceptar. Con esos precedentes, con la voz de su madre advirtiéndole que no intentara acercarse a los demás, pues lo juzgarían y lo despreciarían por ser quien es, Anís terminó por aislarse bajo su propia voluntad y esperar a que un destino parecido al de su madre lo alcanzara pronto. Con tan solo once años tuvo que aceptar que su existencia era tan insulsa para el mundo que desaparecería, junto al recuerdo de su madre, convertido en apenas un rumor, una leyenda que se engrosaría al gusto de quien la contara.

De esa forma vivió dos años más, en los cuales pasaba gran parte del tiempo bajo intensas horas de lectura. Muchas veces practicaba los hechizos que aprendía de los antiguos libros pertenecientes a su madre; en otras, creaba algunos propios sin ninguna pretensión más que la de pasar el rato. Sin embargo, en otras ocasiones, las menos que le eran posibles, no tenía otra opción que viajar a Zeevanvur para hacerse de los víveres que necesitaba para sobrevivir.

Durante sus viajes por el reino, Anís procuraba tener la menor interacción posible con los demás, siempre con el temor de que alguien pudiera reconocerlo de ese tiempo en que solía caminar por esas mismas calles de la mano de su madre. Ese miedo se

mantenía incluso después de crear y utilizar un hechizo que lo hacía olvidable para las personas que interactuaban con él, como si esa fracción de tiempo desapareciera de sus memorias, una laguna mental a la cual nunca le darían importancia.

En una de esas expediciones, en su camino de regreso, encontró entre unos arbustos el cuerpo tembloroso y herido de un chico que parecía asemejar su edad, quizá un par de años más joven. Su cabello era largo, castaño oscuro y se encontraba hecho una maraña llena de suciedad y hojas. Le bastó tener un vistazo más cercano para darse cuenta de que seguía vivo, pero que respiraba apenas. En todas sus extremidades había heridas pululantes de sangre, unas más profundas que otras.

Anís recordaba a la perfección las palabras de su madre: «Nunca le brindes apoyo a alguien más. Ellos solo van a señalarte y abandonarte cuando menos lo esperes», pero él no tuvo el corazón lo suficientemente frío como para desamparar y dejar a ese chico ahí, próximo a su muerte, sobre todo porque se sabía capaz de salvarle la vida.

Como pudo, logró llevarlo hasta su cabaña, lugar donde pasó la tarde entera curando cada una de sus heridas. Una inmensa emoción se extendió por su pecho cuando, poco después de terminar, el chico abrió sus ojos. Por primera vez, Anís descubrió que había un hermoso mar dentro de ellos.

El joven no parecía recordar nada de lo que le había ocurrido, ni siquiera cuál era su nombre o de dónde provenía. Lo lógico para Anís, una vez que aquel desconocido recuperara por completo la fuerza y salud de su cuerpo, era guiarlo hasta Zeevanvur para que pidiera auxilio, tal vez con la esperanza de que alguien pudiera reconocerlo; pero la realidad es que nunca pudo decirle que se fuera, no cuando él comenzó a vagar por su cabaña con una deslumbrante sonrisa que le aturdiría todos los sentidos y una mirada azul cielo llena de una gran curiosidad que se le contagiaba.

Pese a que Anís estaba acostumbrado al silencio absoluto, en el cual incluso su propia respiración resaltaba sobre todo lo demás,

nunca le molestó el ruido y desorden que se creó con la presencia de aquel chico. En realidad, le encontró cierto encanto al verlo ir de un sitio a otro de su cabaña, tomando libros y todo artefacto que llamara su atención para después llevárselo a él y preguntarle con genuina duda qué era eso, para qué servía. Algo dentro de Anís se engrandecía cada vez que comenzaba a explicar, por lo que era imposible detener sus propias palabras, mucho menos porque solía ser escuchado con demasiada atención. Más de alguna vez se excedía, pero el chico nunca protestó ante ello, incluso parecía encantado de escucharlo y que ambos se dedicaran ese tipo de atención tan íntima y especial.

Sin embargo, hablar sin medir sus palabras provocó que Anís confesara algo que juró guardar por siempre en secreto: quién era en realidad. Cuando fue consciente de que esa información se le había escapado de los labios, le dedicó una mirada aterrada al chico, temiendo que lo juzgara como su madre tanto le advirtió; no obstante, lo que encontró fue completamente diferente: los ojos azules de su ahora amigo brillaron más que antes, con una fascinación legítima que no se preocupó en ocultar.

Desde ese instante, aquel no lo dejó en paz hasta que le mostrara toda la magia de la que era capaz y, ciertamente, Anís estuvo más que encantado con eso. Compartió su conocimiento y su pasión, permitiéndose ser él mismo como ni siquiera se había dado la oportunidad de serlo en soledad.

Ambos estaban contentos con la compañía del otro y, sin importar si era en silencio o en conversaciones que se extendían por horas, se sentían completos... y eran felices.

Tras casi tres semanas de convivencia, Anís se vio obligado a ir a Zeevanvur para conseguir más víveres. Fue solo, ya que no quería que alguien en el reino pudiera reconocer a su amigo y tuvieran que separarse. Él todavía no parecía recordar quién era o, si lo hacía, no parecía importarle. Anís estaba seguro de que ambos tenían el mismo deseo de permanecer juntos por más tiempo, para siempre de ser posible. Él nunca creyó que la felicidad fuera

así: tan absorbente, tan expansiva y gratificante, a tal grado que podía sonreír genuinamente durante horas hasta que le dolieran las mejillas. Anís nunca creyó que la felicidad podía hacerlo llorar y sentirse tan pleno con ello, pero pronto tuvo que aprender que esta era un gozo de muy poco tiempo y que era capaz de morir como todo lo demás.

En cuanto realizó sus primeros pasos dentro de Zeevanvur, se enteró de que el reino había caído en guerra contra Rossíya. ¿La razón? Este último creía que la corte de Zeevanvur había secuestrado al príncipe Verant, quien desapareció durante un viaje de diplomacia.

Era de lo único que se hablaba por las calles mientras el pánico colectivo se extendía como una peste; no era para menos, días antes había ocurrido un ataque directo al reino donde varias personas habían perdido la vida y algunas más sus hogares y pertenencias. Gracias a todo lo que se decía sobre eso, Anís supo cómo era la apariencia del príncipe por quien reclamaban su liberación: un chico de doce años, con ojos color mar y un cabello largo de hebras castañas.

Anís deseaba ser egoísta, pero no podía, ni siquiera cuando la felicidad de toda su existencia dependía de mantenerse callado. Muchas personas iban a morir por culpa de esa guerra y él era el único que tenía la llave para evitarlo.

Ver a Verant recibirlo con una sonrisa cuando volvió, tan entusiasmado y dispuesto a escucharlo como siempre, le deshizo el corazón en llamas hirientes que no pudieron contener su llanto. Lo abrazó con fuerza, desesperado por encontrar ese egoísmo que tanto necesitaba, pero justo al instante en que Verant intentaba descubrir la razón de sus lágrimas, Anís le acarició el cabello, besó su mejilla y junto a su oído susurró un hechizo con el cual le borró la memoria.

Él sufriría con la separación, pero no dejaría que Verant lo hiciera también.

VIII

Auror vuelve al reino y se inclina ante su majestad. Sus manos tiemblan al igual que su voz y es difícil explicarle el horrible descubrimiento que ha realizado. Todos los cortesanos escuchan sus palabras y se alzan con exclamaciones llenas de horror que estremecen incluso a quienes no comprenden todavía lo que sucede. Su majestad mantiene el ceño fruncido mientras escucha en silencio todo el desastre que se ha ocasionado.

Una vez que Auror termina su relato, todos se postran ante su majestad y le ruegan, casi en lágrimas, que castigue al impostor, al brujo, para que todos sus encantos y maleficios desaparezcan junto con él. Los segundos de silencio por parte de Verant confunden al consejero y a los demás: ¿acaso su majestad no pretende castigar a quien lo engañó para convertirse en su esposo?

El silencio no permanece por mucho, los rumores ascienden hasta que alguien de entre la multitud se atreve a apuntar al rey con el dedo y lo juzga de ser una marioneta del brujo. La exclamación de sorpresa es general y se alza con mayor fuerza que todo lo anterior, pero antes de que el desastre corra aún más y llegue a límites imposibles de contener, Verant se levanta del trono y, con ojos gélidos como una tormenta helada, impone su autoridad y los hace callar a todos con una voz estruendosa.

—¡Arderá en la hoguera! —dicta al fin, sentencia que es festejada entre suspiros y vítores de alivio.

Con la orden dada desde la propia boca de su majestad, se fragua el plan; Auror es el encargado de llevar a cabo la emboscada. Así, en cuanto Anís vuelve al castillo y desciende de su carruaje, entre las filas de sirvientes que fingen esperarlo como es usual, los guardias salen del escondite y arremeten contra él. Son demasiados y es incapaz de hacerles frente. En realidad, ni siquiera lo intenta, sino que se deja apresar fácilmente por todos ellos.

Entre la turba de golpes, jaloneos e insultos que caen sobre él, Anís mueve su vista de un lado a otro, de un rostro a otro, de unos ojos a otros, cada vez enfocándose en puntos más lejanos

hasta que logra encontrar aquello que buscaba: unos mares que le devuelven la mirada con el mismo sentimiento de siempre...

Disculpa.

IX

Las cosas nunca fueron las mismas después de que el príncipe volvió a su reino. Aun cuando Anís ya había experimentado la soledad absoluta durante tanto tiempo, cuando supo lo que era realmente sentirse acompañado y entero ante la presencia de alguien más, descubrió que existía una soledad peor, mucho más profunda e hiriente.

Si antes podía distraer sus pensamientos con lecturas que cada vez le sabían más vacías, en ese momento su mente lo traicionaba y le traía de vuelta ese rostro sonriente, ese cabello castaño que a Verant le gustaba sujetar, esos mares calmos que le habían enseñado el mundo entero dentro de ellos. Anís extrañaba tanto al príncipe y su corazón era el encargado de hacérselo recordar cada vez que podía.

Al final solo pudo soportar unos meses de separación antes de permitirse el atrevimiento de realizar viajes a Rossíya para adentrarse en el núcleo del reino y mirar al príncipe crecer desde una distancia que le fuera más soportable.

Había empeñado parte de esos meses en elaborar un nuevo hechizo que, para hacerlo más resistente y duradero, contuvo en el interior de un anillo de oro. El conjuro le permitió el don de la *familiaridad*, con el cual le era posible acercarse a cada persona sin que nadie se extrañara de su presencia. Así, si Anís se anunciaba como un súbdito, un campesino o incluso el familiar de algún desconocido, todos lo reconocían como tal sin dudar de él en ningún instante. Gracias a eso, pudo acercarse al príncipe cada vez más, aunque nunca se atrevió a dirigirle la palabra de manera directa, temiendo despertar los recuerdos de su compañía, mismos que Anís sí mantenía muy presentes y contenidos en su alma y corazón.

De todas formas, entre las distintas identidades que tomó hasta alcanzar sus veintiún años, adoptó la del fiel consejero de la reina Irina. Fue lo más cerca que estuvo de Verant, y seguro hubiera disfrutado de ello durante años de no ser por el compromiso que la reina organizó para su hijo con la princesa de Zeevanvur.

Algo en Anís se rompió cuando la noticia llegó hasta sus oídos, pese a que sabía demasiado bien que, en algún momento, Verant debía desposar a alguien y ascender al trono. Sin embargo, sentir ese instante tan cerca y tangible entre sus dedos lo devastó de una manera que nunca pudo prever.

Durante algunas noches, Anís se permitió desaparecer y volver a su viejo hogar en el bosque, con la seguridad de que no podría ver al príncipe, pronto rey, contraer matrimonio con alguien más. No obstante, dentro de toda aquella tormenta que fueron sus pensamientos, sus ideas y deseos, finalmente supo lo que haría: se volvería esa persona con quien Verant tendría que casarse.

Pudo interceptar la caravana que escoltaba a la princesa Anill de Zeevanvur haciéndose pasar por un guía del reino de Rossíya. Su plan original era que le arrancaría la vida para disminuir las posibilidades de ser descubierto. Después, con el hechizo de *familiaridad*, tomaría simplemente su puesto; pero al final no pudo hacerlo, la princesa no tenía la culpa de su amor, de su desesperación y necesidad por ser algo en la vida de Verant. Le permitió vivir, aunque tampoco la dejó vagar sola. Aun cuando le borrara la memoria, Anill podía ser reconocida si no permanecía junto a él. Así fue como la volvió su sirvienta, una marioneta a la cual mantendría a su lado.

De esa manera, Anís asumió el título de príncipe prometido y, con el corazón latiendo y desbordante de un gozo absoluto, se presentó ante Verant y le entregó el anillo de oro que él mismo había forjado, uno con el que se aseguraba de que su majestad lo amaría tanto como él.

Lograr recrear una identidad a partir de una existente era más de lo que podía soportar. Si bien antes pudo mantener su hechizo

intacto durante años, el engañar a tanta gente a la vez, sobre todo aquellos que llegaron a conocer a la genuina princesa, lo volvió más volátil, etéreo: cada luna llena tuvo que volver a su hogar para realizar una vez más el conjuro y afianzar la magia, el hechizo que le permitía ser feliz.

X

Anís debe arder en los mil infiernos: por hereje, por brujo, por engañarlos a todos y traicionar a su reino, a su majestad. Todos alrededor de la hoguera claman justicia, cualquiera de sus males ahora parece una causa suya y él debe pagar por ello.

Como el descubridor, a Auror se le concede el honor de comenzar el incendio sobre un Anís que, atado en un mástil pesado de madera, es rodeado por decenas de leños listos para prenderse ante la menor chispa.

Auror deja caer la antorcha bajo los pies de Anís y el fuego comienza a arder y propagarse lentamente. Todos esperan que el infierno consuma su carne, esperan escuchar sus alaridos de dolor con los cuales purificará su alma, pero pronto los clamores de «¡Arde, hereje!» se acallan al notar cómo las llamas no ascienden ni se distribuyen como deberían, sino que sucede algo más: notan los ojos miel de Anís centellear de forma intensa, casi con el mismo ardor del fuego que no lo ataca, sino que parece moverse a su voluntad.

En una explosión súbita y pequeña, las llamas se expanden por el suelo y se arrastran bajo los pies del público, como víboras rastreras que buscan quemarlos a todos. Los chillidos de los presentes no se hacen esperar: las voces se alzan en clamores de auxilio, en decenas de insultos que se dirigen hacia Anís, quien ahora es rodeado y protegido por las llamas que se supone debían matarlo. Después de unos instantes de pánico y desorden, el público huye para evitar ser consumido por el fuego que ha sido maldecido. Todo se vuelve calma y silencio, el escenario posterior al de un desastre... Y solo dos personas se mantienen presentes: Anís y Verant.

El soberano desciende del asiento que dedicaron solo para él, para que pudiera presenciar la quema en primera fila. No hay una sola pizca de miedo en su mirada; en realidad, parece incluso divertido, como a punto de carcajearse por lo que acaba de suceder.

Las llamas alrededor de Anís se han extinguido por completo, por lo que Verant puede caminar hasta él mientras este le dedica un ceño fruncido que parece más una mueca de berrinche que de molestia.

—¿Ya te divertiste?

Anís se remueve e intenta que las ataduras alrededor de su cuerpo lo dejen libre al fin.

—Esto nunca ha sido divertido —responde antes de que las sogas se deshagan y pueda salir de ahí.

Verant no duda en recibirlo entre sus brazos, otorgándole mucha calidez y paz.

—Debes tener más cuidado, Anís, no tientes al destino. Es una molestia enorme presenciar esto cada vez que te descubren. No me gusta ver cómo mis súbditos te maltratan.

—El fuego no puede lastimarme.

Anís chasquea sus dedos y, entre sus yemas, los restos de algunas cenizas estallan como pequeñas explosiones de universos. El fuego es su elemento, su fuente de poder: nunca podrá hacerle daño.

—Pero ellos sí. Siempre debo convencerlos de que es mejor hacerte arder en la hoguera.

Una caricia cae en la mejilla de Anís y este se da cuenta de que en los mares de Verant hay una genuina preocupación que intenta ser mitigada con una sonrisa.

—¿Tendrás que volver? —Los brazos de Verant lo ciñen más contra su cuerpo, como si estos renegaran de esa idea.

—Sí, sabes que tengo que rehacer el hechizo para que pueda volver una vez más como tu esposo, majestad.

XI

Fue su primera noche juntos y había sido maravillosa, lo maravillosamente fantástica que era posible en una primera vez. Y, aun

cuando se encontrara adolorido, eso no podía eclipsar el gozo que le nacía desde el corazón, tan lleno como nunca lo creyó posible. No era por descansar en esa cama mullida, una delicia que probaba por primera vez, era justamente por quien ahora se encontraba sentado a su lado, permitiéndole observar con detalle esa espalda que, ligeramente rojiza, mostraba en todo su esplendor las marcas de una noche inolvidable.

Había silencio, pero Anís no lo sentía incómodo, aunque algo de sospecha se instaló en su pecho al notar cómo Verant alzaba su mano y parecía admirar aquel anillo que le había obsequiado.

—¿Ocurre algo? —se atrevió a preguntar, sin saber muy bien por qué contenía algo de temor en sus palabras.

Verant no lo miró, pero tampoco lo hizo ya al anillo pese a que sus dedos jugueteaban con esa sortija dorada haciéndola girar.

—Sé que tú no eres príncipe de Zeevanvur —Verant confesó tras una baja risa, para después girar su rostro y observar con cierto toque divertido cómo Anís había palidecido hasta asemejar un cadáver.

—¿De... de qué hablas?

Para Verant, era memorable cómo Anís intentaba mantenerse calmado y fingir que su corazón no estaba a punto de salirse por completo de su pecho. Intuía que se le había desquebrajado, que se preparaba para la defensa y el contraataque. Notaba ese sufrimiento de verse descubierto. Sabía que no era por perder los privilegios de ser rey, sino que era por perderlo a él, su compañía.

—Sé que la verdadera princesa es tu sirvienta. Sé que eres un brujo. Te recuerdo. Nunca podría olvidar el fuego de tus ojos.

En silencio, Anís predecía lo fatal: que lo hicieran arder en la hoguera o le procuraran alguna tortura peor, una de la cual no pudiera escapar. Mas, sin la posibilidad de estar con la persona que más amaba, preferiría que fuera así, que las llamas que le habían dado tanto fueran las mismas que le robaran su vida.

Anís cerró los ojos en espera de la orden, de que su majestad llamara a sus guardias para hacerlo desaparecer de su vista; pero, en lugar de eso, hubo silencio y sobre sus labios sintió un gusto

gélido y suave, uno que reconoció de inmediato, pues minutos antes lo había probado junto al más delicioso de todos sus alientos.

—Me gustas más que ella. Y si quieres estar aquí, conmigo, para mí será un placer cumplir tus deseos. —Ante los ojos atónitos de Anís, Verant bajó de la cama y, justo enfrente suyo, se hincó como lo haría cualquier súbdito al rey—. Porque mi amor está postrado al suyo, alteza.



ARTE POR ASLHEY



contacto@taikaeditorial.com